

La Poesía de Rafael Cadenas: Gestionando una identidad

(HOMENAJE AL POETA RAFAEL CADENAS)

VASKÉN KAZANDJIÁN

(UNIVERSIDAD DE LOS ANDES, MÉRIDA-VENEZUELA)
semiovasken@hotmail.com

Lo primero que quiero decir, antes de leer mis líneas, y que sé que es una emoción compartida, es lo honrado que me sentí -y que me siento- cuando se me solicitó que formara parte de este sencillo, sentido y siempre justo homenaje al gran poeta venezolano Rafael Cadenas.

Pienso que no soy un buen lector, y acerca de esto me he hecho mis propias razones, sin embargo, dentro de ese infortunio tuve la fortuna de conocer temprano la poesía de Cadenas. Luego yo mismo quise escribir poemas... y si Borges dijo en algún momento, refiriéndose a Kafka, que había escrito cuentos en los que intentó ser Kafka y escribir como él, entonces yo, salvando las distancias, puedo decir que intenté escribir poemas en los que traté de ser Rafael Cadenas. Mi relación con la poesía de Cadenas tiene la secreta complicidad de quienes han compartido una misma experiencia: la de la vida; más, cuando ésta se empeña en volverse experiencia límite. Está de más decir que no conozco personalmente al

Recibido el 07/05/2010 en el Auditorium César Rengifo de Mérida en el marco del Homenaje a Rafael Cadenas ofrecido por la Universidad de Los Andes Mérida-Trujillo.

poeta y, que al ser yo más joven que él, tampoco, si se quiere, hemos vivido una realidad común... excepto por un instante de saludo que dejó impreso hace algunos años en una breve dedicatoria. Fue luego de un recital de jóvenes poetas. Él estaba allí, sentado, con su chaleco caqui, y ocupadas las manos haciendo notas en una libreta. Al final, se me acercó y me dio un consejo para que el poema ganara; le había gustado el poema, pero no una palabra del poema. Luego de eso -y no por eso- creo que no he vuelto a escribir poemas, pero mi obsesión por las palabras se mantiene viva hasta el día de hoy. Enseño lingüística y semiótica a jóvenes estudiantes. Ya sé que el nombre elegante de estas disciplinas puede llegar a dar escozor, alguno ya se habrá movido en su silla, pero al lenguaje, y, más allá, a su centro, el sentido, se puede llegar entrando en razón o entrando en pasión. Yo últimamente he intentado abrir tan sólo la primera puerta. Aunque no me corresponde a mí afirmar esto, creo que el poeta Cadenas ha abierto ambas puertas, y conoce las ciudadelas y ha descifrado los laberintos detrás de la razón y la pasión del -y por el - lenguaje. Si él ha sucumbido como hombre, para luego erigirse de nuevo, es porque ha aceptado la oscuridad -y su propia oscuridad- detrás de toda pretensión de claridad y nitidez de los signos.

La necesidad de vivir de los hombres se transforma, frecuente e inconscientemente, en necesidad de sobrevivir; mientras que la necesidad de sobrevivir, para algunos que aceptan las complejidades del alma (que bien pudiera llamarse también la “psique” o la “conciencia”) se puede transformar en luminosidad o al menos en posibilidad de plenitud, de un verbo superior, de una palabra justa. Éste es para mí el caso del querido poeta hoy homenajeado.

Ahora bien, como esto es un foro, pensé que tenía que decir algo más allá o más acá de la emoción, de la afición que me despierta la poesía de

Cadenas... y pienso que no es difícil, pues su poesía también mueve la razón, y a la razón. En este sentido, lo que a continuación les leeré tiene que ver con un rasgo de la poesía de Cadenas que me interesa mucho, éste es: la poesía como un vehículo privilegiado para la educación psíquica.

Gestionando una identidad:

La poesía de Rafael Cadenas como tránsito por el ser

Quien florece de un abismo, quien fracasa, el derrotado, quien se sabe al borde de sí mismo y de la historia, el escindido y el relegado, el fragmentado, todos ellos y más conforman los distintos rostros -o máscaras- de ese sujeto poético que colma la escena de la poesía, del drama, de Rafael Cadenas. Su poesía propicia formas de acceso hacia ámbitos poco iluminados, hacia una geografía del “yo” que, por estar en sombra, demanda de una instancia psíquica de autorreconocimiento, de reflexión sin cuartel presionando desde adentro. Estas reflexiones del sujeto poético tienen como tránsito inevitable el paso por el *ser*. Pero este compromiso ontológico no deviene en filosofía, cosa que no podría ni debería ser la poesía, sino que se justifica en lo “real”, en la propia actividad y existencia del sujeto, incluso más: en la revisión de los distintos simulacros que van dando cuenta de ese *ser*: en el *parecer* que lo oculta y le da cuerpo. Entre el *ser* y el *parecer*, la poesía de Cadenas es un lugar para la mediación, es una invitación enunciativa para transar, negociar y gestionar una identidad; una identidad múltiple, sí, pero reconciliada. Algunos poemas de Cadenas son justamente el registro de ese proceso de construcción que instala una doble actancialidad: por un lado, un sujeto pasional, doble, dividido, escindido; y, por el otro, un sujeto cognitivo, que se reconoce a sí mismo en cada momento, y que da cuenta de la alteridad instalada en el centro mismo de la identidad. Es en ese instante de reflexión cuando el poema es forjado y procurado al lector.

En relación con esto, ese valor de “honestidad” que la crítica le atribuye a la poesía de Cadenas está, para mí, justamente allí. Me explico: La reflexión del sujeto poético, que como antes dijimos tiene como tránsito el paso por el ser, y que se inscribe dentro de una operación cognitivo-pasional, no dota al yo poético de un *poder-ser*, sino apenas de un juicio epistémico sobre su propio estado de *ser*. Lo más cerca, lo más próximo a la verdad para ese sujeto será suspender el lazo con la mentira. El saber adquirido por ese sujeto poético es un anti-saber, una competencia negativa: un saber cómo *querer no-ser*. Lo más genial es que esto no se corresponde con una hazaña, mucho menos con una victoria que permita vivir la vida sin tensiones. Por ello la base tensiva y polémica que caracteriza las distintas modulaciones enunciativas del sujeto poético, modulaciones que lo muestran a veces sumiso, obstinado, otras veces resignado, extraviado, desprendido; pero siempre como reclamando algún derecho que, como efecto positivo entre esa tensión-escisión, engendre el devenir.

La percepción, identificación y reflexión acerca de un estado de escisión, de esquizia, no significa alivio en el alma del sujeto poético. Al contrario, invita a una verdadera iniciación, hacia un “resplandor innominado”, hacia un “secreto apacible”, hacia un - como cierra el poema “Falsas Maniobras”- “... Hasta entonces”. ¿Acaso la humildad no es también un saber sobre la impotencia? El héroe poético de Cadenas ha sido empujado hacia la búsqueda... quien busca siempre será un sujeto carente. Reconocer esa carencia es una experiencia genuina. Es, sencillamente, un acto de honestidad.

Un acto que me recuerda aquella orden de oro inscrita en el frontispicio del templo de Delfos, y que rezaba: *Conócete a ti mismo*. Un acto de honestidad, coraje y sabiduría que recuerda, también, las palabras que el maestro daba a Hércules antes de enfrentar a la monstruosa Hidra que habitaba en el pantano de Lerna:

Yo sólo puedo dar una palabra de consejo, dijo el
Maestro: Ascendemos arrodillándonos; vencemos
cediendo; ganamos renunciando. Ve. ¡Oh hijo de
Dios e hijo de hombre, y vence!

Para finalizar esta última idea apenas esbozada, y con ella también poner fin a mi intervención aquí, quisiera tomar unas líneas del prólogo de Arturo Gutiérrez Plaza, que abre la hermosa edición bilingüe (español-inglés) de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, y que lleva por título *Selected poems*. (Por cierto, también tenemos el placer de tener en esta mesa a Rowena Hill, quien tradujo, en discusión con el mismo Cadenas, esta bella selección).

Gutiérrez Plaza apunta que “las diversas modulaciones, registros y formas que caracterizan toda la obra de Cadenas, se funda y se edifica sobre los mismos pilares, los pocos asuntos que en lo temático la ciñen: el yo como obstáculo o impedimento para lograr un estado de compenetración con la realidad.”

Lo que no me gusta del todo, para decirlo de una vez, es ese *yo-obstáculo* que se puede interpretar como un impedimento para recibir la vida en toda su maravillosa dimensión. Lo que voy a decir ahora es como abjurar de lo que profeso, y que les repito a mis estudiantes como una plegaria, es una frase de Greimas que dice: *fuera del texto no hay salvación*. Digo esto porque yo sé que es muy ingenuo pensar y decir que me gustaría preguntarle a Cadenas, a Rafael, al hombre y poeta, si cambiaría el estremecimiento, la agitación, las honduras, las crisis del alma, el diálogo incesante consigo mismo, el fracaso, una letra gruesa y una morada de barro, en fin, una nada plena a cambio de una vida plena: una vida sin discontinuidades, una vida donde ni la respiración ni los caminos se interrumpen de pronto. Una vida, a

fin de cuentas, más cerca de eso que llamamos “felicidad”, es decir: una vida sin contradicciones, y, por lo tanto, sin discernimientos.

La pregunta, claro está, quedará en el aire, pero, respecto a esta cuestión vale de algún modo terminar diciendo, para concluir, que si en la poesía de Cadenas existe un marcado sujeto poético, también debe existir un *objeto* poético; algo que lo funda, que le otorga sus valencias de sentido y sus propiedades sintácticas. Este objeto por alcanzar no es la vida plena en sí, sino aquello que permite y hace posible su acceso: el obstáculo mismo, el impedimento, las atracciones y repulsiones donde se forja el *ser*, y con él su morada: el lenguaje.